y la Familia, de Michelet, que todavía conservo, y me lo regaló con esta dedicatoria de su puño y letra:

Al Benjamin de los redactores de "El Diario del Hogar".

Filomeno Mata.

V

MALAS COMPAÑÍAS

DESPUÉS de comer en casa de mi hermano, alguien narró el caso que tenía escandalizada á la sociedad de México. Tratábase de una señora casada, de buena cuna, que había caído estruendosamente, sin nada que la disculpara, por el placer de enlodarse, de probar el vicio.

—¿Y tiene chicos? pregunté yo.

— Sí tiene; uno ó dos.

En mi fuero interno la condené, porque desde entonces me apuntaba la convicción que he ido robusteciendo con el tiempo y mis observaciones, de que la maternidad es un santo derivativo. Y sin lógica, por absurda asociación de ideas, tuve lo que el vulgo llama una "corazonada", me ví con esa mujer, en relaciones amorosas contra mi

voluntad, pasando un período que debía dejarme hondas huellas en el espíritu. Y lo que sucede siempre con tales fenómenos; primero, me reí de mi mismo, me llamé visionario, y luego, lo olvidé, no volvió á preocuparme lo más mínimo. Andaba yo en las emociones primordiales que nos proporciona el trato de las pecadoras, cuando nos acercamos á ellas con palabras de perdidos prematuros y actitudes de niño; con las flores que olvidamos de dar á nuestra novia y los cinismos ideados en nuestras noches de insomnio, allá en el hogar, cuando aún no podíamos recogernos tarde!

Las veía ir y venir dentro de sus carruajes, al medio día, por las calles de Plateros y San Francisco, en los inmorales paseos que por tanto tiempo han existido en México, y me extasiaba en la contemplación, me sentía atraído por ellas, ejercían sobre mí inexplicable y misterioso atractivo. De nada servían las predicaciones escuchadas en su contra; lo que uno oye de boca de las señoras antiguas y de los hombres hipócritas; la multitud de consejas que andan por ahí pintándonos á esas pobres excomulgadas de la dicha como mónstruos de maldad y de odio. Yo las quería, éranme simpáticas, parecíanme todas las

hijas legítimas de la infortunada Margarita Gauthier y me sorprendía no mirarlas envueltas en lágrimas y camelias. Además, quería ejercitar mi práctica adquirida en los Estados Unidos; demostrar que no era yo un chicuelo ni un principiante, sino un hombre como cualquier otro. De tal suerte, que me hice amigo de los calaveras profesionales, de los privilegiados que monopolizaban sus sonrisas, de los que las saludaban en público y las llevaban á cenar, al concluir de los teatros, á los gabinetes altos de "La Concordia"; ó si sus recursos no permitían lujos tales, iban á verlas de la 1 de la mañana en adelante, á los bailes nocturnos y con justísima razón mal afamados, del "Tívoli Central" y "Capellanes".

¡Cosa singular! no obstante mi empeño en pasar por un gran empecatado, no obstante mis aires de vicioso precoz y empedernido, me acercaba yo á ellas y en sus caras risueñas ó cínicas, en la acogida que me dispensaban, en sus palabras libres y multicolores, descubría un fondo de tristeza infinita, algo como el recuerdo esfuminado de días sin pan y noches sin abrigo, un secreto afán de que las trataran con cariño siquiera unos segundos, de que las hicieran olvidar su oficio, su

desgracia inmensa, y como no lo obtienen nunca, descubría yo también, al venirles la reacción, una especie de odio á los masculinos; un odio reconcentrado, de represalias, eterno; odio de víctima á verdugo, de quien reconoce en una persona que nos da de comer y á la que estamos encadenados, el autor de una falta que cometimos cuando mozos, y que después, á la larga, nos ahoga, nos pesa, nos martiriza. Entonces me inundaba un romanticismo dulcísimo, el que en la juventud quiere decir honradez, en la edad madura fingimiento y en la vejez reminiscencia amiga; creía en la regeneración por el amor, me suponía el llamado á realizar el altruísmo, á sacrificarme purificando espíritus descarriados; ¿elegiría ésta ó aquélla? Y mi simpatía por todas, mi deseo insaciable de amar el mayor número de mujeres posible, destruía mi ensueño, limitaba la juvenil ambición y, por el momento, me concretaba yo á comérmelas con los ojos ó á dar un beso desabrido y frío á la que en la cara le conocía que había de permitírmelo.

Quién sabe si por fortuna ó por desgracia, mi escasez de dineros apenas me permitía visitarlas muy de tarde en tarde, y aún esas visitas me significaban privaciones y economías. Nunca salía

desilusionado ni con asco moral ó desprecio, al contrario; minero inconsciente del amor, cualquier terreno me parecía propicio para desentrañar alguna partícula de ese metal por excelencia, que acaba por darnos la peor de las muertes dejándonos con vida.

En tan buenas disposiciones me sorprendió el arribo del carnaval y resolví no faltar á ninguno de sus bailes, precisamente porque me habían representado en muchos años un fruto prohibido. Me veía yo de chiquillo, en unión de mi familia, presenciando en el pórtico del teatro Nacional la entrada de las máscaras — costumbre tradicional que existía en México y de la que sólo quedan un rasgo que otro — en medio de una muchedumbre de gente conocida; empinado sobre una silla para alcanzar á descubrir, por entre los huecos del antifaz, un par de ojazos incendiarios y negros ó, por entre los hombres acompañantes, un pecho femenino enhiesto y medio desnudo; mientras afuera, pendiente de los balcones del hotel, se balanceaba la farola inmensa con sus figurones pintarrajeados en la tela, y abundaban los gritos, las bromas, las risas, los carruajes de alquiler, los gendarmes de á caballo, hasta que el viento de las noches de marzo disolvía los grupos

y desterraba á los curiosos, en tanto que por las puertas entreabiertas salían confusos y tentadores, ecos de músicas y de personas que se divierten. A esto hay que agregar el entredicho social de los tales bailes, concurridos únicamente por "esas mujeres", llevándose á cabo durante la cuaresma, siendo la perdición de solteros y casados y la pesadilla de madres y esposas, para que yo no resistiera y me colara en ellos un martes de carnaval, desde temprano, cuando campeaba ya por mis respetos.

Entré con miedo, fuerza es confesarlo, pero á los pocos minutos me sentí en un medio hospitalario y amable. Aunque lo conocía por primera vez, hízome buena cara y no se preocupó de mí, dejóme á mis anchas. En lugar del mónstruo temido me encontré un salón adornado, lleno de luces, de flores, de armonías y de mujeres; lleno de caballeros que pasan por serios en las calles, de caballeros casados, solteros, ricos, pobres; hasta de caballeros de industria. De tiempo en tiempo, una nota discordante rompía el conjunto, eran dos masculinos que dirimían diferencias de poca monta á bofetada limpia. La interrupción era muy parcial, en un reducido espacio; acudían los gendarmes, apaciguaban aquello, la mayoría

continuaba sin haberse enterado del incidente y los enterados, encontrábanlo muy natural. Otras ocasiones, escuchaba muy cerca de mí el incitante y delicioso rumor de un beso; volvíame, y nada, la pareja iba á distancia, él abrazándole el talle y ella apoyada en su hombro, la mirada perdida, su cuerpo allí, al lado del que paga, el espíritu lejos, sin dueño ni tarifas. En los paseos que dí por el salón, me topé con tipos rarísimos; ancianos que descabezaban sueños intranquilos; taciturnos que contemplaban la fiesta sin manifestar gusto ni disgusto; soñadores que perseguían con la vista, la silueta fugitiva de alguna máscara muy cortejada. Y por todas partes el "yo te quiero", la canción eterna que recorría el salón, los palcos, los techos; que se adhería á las ropas, que le envolvía á uno como en una caricia infinita y gigantesca.

Calló la orquesta y en el alud que se precipitaba á la cantina ví pasar á la señora casada recién caída; seguíala un grupo de varones elegantes, miembros del Jockey Club ó del Casino, y ella azotaba con la careta á los más cercanos, charlaba con los demás y reía, reía como si le hiciera gracia despertar tantos apetitos ó como si quisiera olvidarse de su derrumbamiento. A poco,

la ví junto á mí, provocativa, los ojos brillantes y pálida la tez; un oficioso nos presentó:

— ¿Y vd. por qué no baila?

— Porque no conozco á nadie, contesté ruborizado.

— ¿Quiere vd. bailar conmigo?...

— Bailar, nó, pero le daré á vd. el brazo.

Y nos lanzamos por la sala, hablando de tonterías; ella, ligeramente excitada por el abuso del alcohol; yo, excitado con su vecindad y con que me vieran de compañero de la reina del baile. Tuvo, sin embargo, un rasgo que me demostró su estado social anterior, la suavidad propia de una dama que se siente lastimada con las crudezas de algún espectáculo brutal — y el que presenciábamos lo era por sus cuatro costados.

— ¿A vd. le gusta esto?... me preguntó.

Y yo, por dármelas de algo, me las dí de erudito; ya que no podía ofrecerle una copa de champagne, le ofrecí un pequeñísimo curso de historia contemporánea.

— Pues no crea vd., le dije, los bailes de carnaval no han sido siempre así; antes, hace bastante tiempo, venían las mejores familias y se podía bailar con las señoritas, cenar en los palcos, gastar bromas espirituales y de buen tono. Fué

á partir de la intervención francesa, que la cosa se echó á perder; entre los oficiales y sus queridas, convirtieron la fiesta en palenque de gallos y de indecencias; en su criminal afán de invadirnos, invadieron hasta nuestros teatros ¡y así nos los dejaron!

Hubiéramos continuado departiendo decentemente si á un importuno no le ocurre arrebatármela. Teníamos un punto de contacto que nos ligaba; ni ella ni yo estábamos iniciados en esa vida, aunque fingíamos conocerla á fondo; á mí me faltaba mucho aún para calavera de oficio, á elle le sobraba más todavía de honesta y de señora. Y al despedirnos, sin duda recordó su nuevo papel, quiso ponerse en carácter, suprimió el tratamiento.

— ¿Irás á verme?...

— Sí, mañana mismo.

— Nó, mañana nó, porque he de levantarme muy tarde.

— Iré entonces pasado mañana.

— ¿De veras? agregó oprimiéndome la mano.

— Te lo prometo.